

diferentes varas del haz del Lictor sombreadas por una afilada segur. Íbase verificando una trasformacion completa en el derecho político de los dominadores. El afianzamiento y prestigio de la dignidad real era uno de los mas ardientes anhelos de Leovigildo: los tristísimos efectos del derecho de eleccion eran tan palpables y frecuentes, que un hombre de sus elevadas miras tenia que verse forzosamente conducido á sustituirlo con el sistema de la herencia. No podia sin embargo el animoso rey rasgar del código de las antiguas costumbres y borrar de la memoria de sus gobernados la tradicion de la potestad electiva, y esto le sugirió la resolucion de imitar la política de su hermano Liuwa, que habia resucitado la costumbre de los Césares de asociar á su trono en vida á los que habian de sucederles despues de muertos. Consecuencia de esta reforma, derivacion lógica y necesaria de ella, y no pueril vanidad ó capricho que no tendrian explicacion en el elevado carácter de Leovigildo, fueron las innovaciones de forma y aparato que para hacer mas respetable la dignidad real tomó este monarca de los emperadores de su tiempo. Primer principe de la gente goda, en quien el título de rey significa algo mas que el derecho de ejercer la primera magistratura política sobre su pueblo, Leovigildo se distingue de todos sus antecesores y de todos los magnates de su reino en el traje de que aparece revestido. No toma la púrpura como el ostrogodo Teodorico en Italia; pero se cubre con el manto real, y adopta además las mismas insignias reales usadas en otros países, señaladamente el cetro y la corona. Con asombro de los partidarios de la antigua igualdad, preséntase en pública asamblea ceñida la sien con la régia diadema. Solo desde el tiempo de Leovigildo se ven coronados los reyes en las medallas de la España gótica (1). Solo desde esta época dejó de ser para nuestra nacion una mera figura el hacer alusion en el discurso al trono de sus reyes. Mandó este erigir en su palacio de Toledo un soberbio trono, y sentado en él recibia en las mas solemnes audiencias á los optimates, á los prelados y al pueblo. Sobresalió aparte de esto como administrador sabio y prudente; estableció en el ejército la mas rigurosa disciplina; manifestó contra sus enemigos un fondo de sagacidad y solercia, no raro en verdad entre los capitanes de aquellos siglos, merced al cual supo sembrar entre ellos la division, seducir á los gefes mas temibles,

(1) Florez. MEDALLAS DE ESPAÑA, t. III.

y hacer á veces grandes preparativos contra una nacion para celebrar paces con ella en el momento mas inesperado y caer de improviso sobre otra desapercibida y desarmada.

Hizo poco como legislador, reservando este lauro para el católico Recaredo, en quien era mision de la Providencia dar á España la unidad religiosa y civil y vigorizar con el nuevo espíritu de la verdad católica á la gente visigoda, desterrando los imperfectos embriones de la legislacion personal, formados por Eurico y Alarico mas que para una gran nacion, para un incoherente agregado de razas distintas. Un paso dió no obstante con su misma conducta hácia la apetecida fusion de las dos naciones goda y romana, que por sus leyes especiales se regian. Pero Leovigildo, que como simple particular habia contravenido á la ley prohibitoria de los matrimonios con mujeres de distinta raza, estaba destinado á ver bajo su dominacion los azares y las desgracias á que su ejemplo podia dar origen, mezclándose á la reforma política el fermento religioso.

«Casado con Teodosia, de linage romano, hija de un antiguo go-  
 »bernador de Cartagena y hermana de Leandro, obispo á la sazón de  
 »Sevilla, habia tenido de ella á Hermenegildo, con quien acababa de  
 »compartir el trono, y á Recaredo, que le sucedió después de su muer-  
 »te. Uno y otro jóven se habian educado en la fé arriana, que no era  
 »el carácter de Leovigildo para permitir que sus hijos profesasen dis-  
 »tinta creencia que la suya. No será con todo aventurado el creer que  
 »los ejemplos diarios de la madre y las conversaciones con el hermano  
 »de esta, lumbrera de la Iglesia de España y el hombre mas instruido  
 »de la nacion, labrasen hondo efecto en el corazón de aquellos prínci-  
 »pes y los predispusiesen en favor del dogma católico, que les ofrece-  
 »rían como mas santo y mas elevado. Añádase á esto el matrimonio de  
 »Hermenegildo con una princesa franca, católica tambien, y su resi-  
 »dencia en Sevilla, desde donde gobernaba una parte del reino al la-  
 »do de Leandro, en provincias menos ocupadas del linage godo que las  
 »del norte; y se comprenderá fácilmente su pública abjuracion del ar-  
 »rianismo y su conversion á la fé católica. Mas al adoptar el hijo esta  
 »resolucion, no habia tenido en cuenta el enérgico, el duro carácter  
 »de su padre. Ni la política ni el orgullo consentian á Leovigildo que  
 »mirase con indiferencia semejante paso; cualquiera que fuese el grado  
 »y la intensidad de sus convicciones, era padre y era rey, y no conce-

»bia ni que se desairase, ni mucho menos que se burlase su autori-  
 »dad. Amonestó, pues, suavemente á Hermenegildo para que retrocedie-  
 »se de su error; y acudió despues á las armas, para cortar el daño con  
 »ellas, cuando se convenció de que la persuasion era absolutamente  
 »inútil. Hermenegildo, por su parte, si habia sido puro é irreprensi-  
 »ble en declarar regla de su fé la que como tal le señalaba su concien-  
 »cia, no lo fué seguramente acudiendo á los medios de que se valió  
 »para resistir á su padre y llevar adelante su propósito. Nunca debió  
 »levantar contra él las espadas de sus súbditos; nunca, mucho menos,  
 »debió llamar á los griegos en su apoyo, ni introducir tropas extrañas  
 »en el corazon de la monarquía. Todo ello, sin embargo, fué por el  
 »pronto inútil y aun perjudicial á la causa católica. La muchedumbre  
 »de los godos siguió con entusiasmo la bandera de su rey: Córdoba y  
 »Sevilla se vieron precisadas á abrir sus puertas á los vencedores. Her-  
 »menegildo murió en un encierro: su esposa Ingunda huyó desolada á  
 »Constantinopla: Leandro y otros muchos obispos fueron desterrados.  
 »El ilustrado y tolerante Leovigildo hubo de pasar en sus años últimos  
 »por perseguidor. Mas entonces sucedió aquí lo que ha sucedido mu-  
 »chas veces en el mundo; la fuerza divorciada con la razon y vencido-  
 »ra en el orden material, en el orden moral quedaba vencida. Puestos  
 »en lucha abiertamente el dogma católico y el arriano, saltó luego á la  
 »vista la inferioridad de este último, ya en su propia valía, ya en la  
 »valía y en el número de sus defensores. Espantado hubo de conside-  
 »rar Leovigildo en su alta razon la disidencia, ó por mejor decir, el  
 »debate que legaba á sus sucesores; y al observar la marcha de las co-  
 »sas y de las ideas, al contemplar la necesidad de constituir un verda-  
 »dero estado para que el poder gótico durase, no encontró otro recur-  
 »so en su conciencia y en su patriotismo que el aconsejar á su hijo Re-  
 »caredo, cuando estaba ya próximo á morir, la abjuracion de la here-  
 »gía de sus mayores y la proclamacion de la fé católica como religion  
 »dominante del Estado. Con tan insigne prueba de abnegacion perso-  
 »nal, con esta sublime condenacion de sus propias obras, puso fin Leo-  
 »vigildo á uno de los mas interesantes reinados que se léen en los ana-  
 »les del imperio gótico (1).»

(1) *De la monarquía visigoda y de su código el Libro de los Jueces*, introduccion al tomo I de Los CÓDIGOS ESPAÑOLES; por el E. S. D. Joaquin Francisco Pacheco. Cap. I al fin.

La mucha autoridad que á las líneas que acabamos de transcribir dá el nombre de su autor, nos obliga á ser menos sóbrios de lo que quisiéramos en la exposicion de un hecho tan cápital como la rebelion y martirio de S. Hermenegildo. De la citada narracion se desprende un juicio benigno con el padre, duro con el hijo, y un principio muy fecundo en errores, segun el cual la razon de Estado es la ley suprema en la humana sociedad. Parécenos que al formular esta censura de la forma terrible que insensiblemente vino á tomar la conversion de Hermenegildo á la fé católica, se culpa á este príncipe de algo de que no era él responsable, y de que corresponde toda la culpa á la época todavía semi-bárbara en que se verificó el ruidoso acontecimiento. Los restos que aun duraban de la primera incivilidad de los godos, y no pocos resabios de sus antiguas creencias, ofuscaban visiblemente á Hermenegildo una vez enardecida su imaginacion con el cuadro halagüeño, que sin duda entrevia, de la prosperidad del reino purgado de la disolvente heregia arriana, y no le permitian comprender el espíritu de mansedumbre, resignacion y humildad, que caracterizan el verdadero cristianismo, enemigo de sangrientas y enconadas luchas. Merece cierta disculpa en verdad el gravísimo yerro del que se levanta en armas en propia defensa (1) contra el autor de sus dias, circulando por sus venas la sangre goda y viviendo en medio del contagio de los malos ejemplos. ¡El homicidio, el parricidio, el fratricidio eran á la sazón secretos resortes de estado entre los mismos príncipes católicos que ostentaban el título de primogénitos de la Iglesia! Los nietos de Clodoveo observaban una conducta, no de católicos, pero ni aun de paganos. Prostituyendo y ensangrentando el tálamo de sus esposas, y siendo causa de que rabiosas venganzas precipitasen en un abismo de crímenes á las mas ilustres princesas, habian dado á los anales de la gloriosa estirpe merovingia el interés de un drama que horroriza y cautiva á un mismo tiempo, y en este drama figuraban personajes de la propia familia de

(1) Tratándose de juzgar con imparcialidad la rebelion de Hermenegildo, no es justo prescindir de una circunstancia tan cápital como la de haberse armado este príncipe para repeler la agresion de su padre, que le habia cedido el reino de la Bética, y que ahora, so pretexto de religion, queria despojarle de él. El acometimiento procedió de Leovigildo. Gregorio de Tours, que vivia en aquellos dias y cuya autoridad por lo mismo es de gran peso, dice que *habiendo entendido Leovigildo como su hijo era católico, trató luego de destruirle, y él se alzó para escapar de este peligro*. Lo mismo refieren Adon, arzobispo de Viena del Delfinado en sus *Anales*, Paulo Emilio, Roberto Gaguino y Amb. de Morales.

Ingunda. La criminal y desgraciada Brunehilda era madre de esta princesa. Conocidos son de todos sus horrendos extravíos; nadie tampoco ignora que entre los reyes bárbaros, de cualquier país y religión que fuesen, no había crimen, no había crueldad ni perfidia ante los cuales retrocediese el que se creía llamado por su fuerza á ocupar el trono. Sangre fresca y sangre de hermanos, de esposos, de sobrinos, de parientes de todos los grados, destilaban aun en tiempo de Hermenegildo los laureles de los reyes francos, que eran los llamados á marchar con su pueblo á la cabeza de la civilización del Occidente: de sangre se había tenido la diestra de Clodoveo; por excitación suya, Chloderico había sido parricida; Clotilde, la viuda del rey cabelludo, creía cumplir un deber excitando á una venganza cruel é implacable á sus hijos Chlodomiro, Childeberto y Chlotario, y Chlodomiro se mostró muy satisfecho de su obra después de haber arrojado á un pozo al malhadado rey burgundio Sigismundo, con su mujer y sus hijos; Chlotario asesinó bárbaramente á los inocentes hijos de su hermano Chlodomiro; luego, los hijos de Chlotario reprodujeron escenas de pasiones no menos brutales: el libertinaje de Chilperico asoció en un mismo tálamo á la feroz Fredegunda con la tierna y candorosa Galswinda, inmoló esta á los celos de aquella y dió ocasión á las épicas venganzas de Brunehilda. No es menos sangriento el teatro de las monarquías visigoda y ostrogoda: en la primera se vio la resolución de los grandes conflictos de la ambición de los señores; la segunda nos ofrece iguales desenlaces desde el fratricidio consumado por Theodato en la noble y desgraciada Amalasunta. En presencia de pasiones tan brutales, que solo la Iglesia detesta y condena en la época infeliz en que se producen, ¿qué mucho que los corazones más rectos y generosos se familiaricen con el delito cuando se cree que la política lo abona? Es bien seguro que los santos obispos, que más adelante recogieron en la conversión de toda la sociedad visigoda el fruto de las enseñanzas ahora solo aprovechadas por Hermenegildo, deploraron y aun censuraron lo que hubo de bárbaro y exagerado en la defensa de la conciencia del hijo, y que nunca aconsejaron á este desesperados arbitrios que redundaran en mengua y escarnio de la autoridad del padre. Claramente S. Isidoro le acusa de rebelde (1), y otros piadosos escritores contemporáneos reprenden su

(1) ... *in auxilium Lewigildi Gothorum regis adversus REBELDEM FILIUM ad expugnandam Hispalim pergit*, dice el Santo hablando de Miro, rey de los Suevos.

conducta con palabras ásperas y calificaciones duras, que no está bien repetir hoy tratándose de un príncipe á quien la Iglesia colocó en sus altares. En los mas grandes santos han podido á veces descubrirse grandes defectos, y si el levantamiento de Hermenegildo contra su padre merecia castigo (siempre menor que el de que hoy sería digno, tomando en la debida consideracion la ignorancia y perversión de costumbres de su siglo), su entusiasmo por la verdad católica merecia por otra parte un premio; y uno y otro se reunieron, como acertadamente observa un juicioso historiador moderno de nuestra Iglesia española (1), en el martirio que padeció, lavando con su propia sangre la mancha de la rebeldía.

Por lo que hace á Leovigildo, si para juzgar su conducta aceptásemos el punto de vista que el citado publicista elige al juzgar á su hijo, que es el de las ideas y costumbres racionales de nuestro tiempo, forzosamente habríamos de afirmar que obró como tirano y parricida. Una razon política miope y estrecha puede atender solo á la conservacion del Estado presente á toda costa; pero es mas elevada razon política la que anticipándose á la actualidad, mira á lo futuro haciendo sacrificio de los propios intereses; y bajo este supuesto la razon de estado no es exculpacion bastante para Leovigildo, que pudo prever como su hijo el adelantamiento y progreso prometidos á la sociedad gótica en la abjuracion del arrianismo. Condújose, pues, como tirano, violentando la conciencia de su hijo, y poniendo por de pronto en la guerra intestina y parricida un insuperable obstáculo á la conversion y progreso moral y religioso de su pueblo. Obró además como padre desnaturalizado, cuando dirimió por mano del verdugo la contienda que en mal hora sostenia con las armas propias y extrangeras su arrebatado hijo.

Secundado este por las ciudades mas poderosas de la Bética, en que, sin duda por estar mas romanizadas, se habia propagado mas la fé católica y era mas impopular el arrianismo, peleó con varia fortuna en aquella generosa pero mal conducida empresa; é interesa á nuestro asunto decir algo de lo que por su causa hizo el pais que vamos estudiando.

Leovigildo conocia muy bien que la nacion en general deseaba el cambio religioso inaugurado por Hermenegildo: si él por su parte no se

(1) El citado Sr. D. Vicente Lafuente.

juzgaba apto para la gran revolución que la gente goda demandaba, con solo haber sido el gran político que sus panegiristas nos pintan, hubiera debido entregar las riendas del Estado al hijo, que podía satisfacer mejor aquella creciente necesidad. Pero codicioso de mando al par que obcecado en el error, se imaginó poder burlar con la astucia las exigencias de las ciudades católicas, que ya se trocaban en amenazas á la noticia de los malos tratamientos que la princesa Ingunda recibía de su abuela Goswinda, actual esposa de Leovigildo. A este efecto juntó en Toledo un conciliábulo de obispos arrianos (año 580), «donde se dió muestra de querer enmendar algo el error y quitarle lo que á los católicos en él mas ofendia» (1). Ordenóse en él, para ver de contentar al partido mas numeroso, que no se obligara á bautizarse de nuevo segun el rito arriano á los que abandonasen la fé católica por la religion del Estado, sino que bastara para ser tenido por verdadero arriano el participar del culto público que ellos usaban. Otro de los errores fundamentales de aquella secta era la desigualdad que suponian existir entre las Personas de la Santísima Trinidad. Ahora, para enganar á los católicos, fingian reconocer en cierto modo su heregia, innovando las palabras de su credo y dando á entender como si ya no hubiese diferencia sustancial entre arrianos y católicos. Con estos ardidés, escribe el Biclarense, embaucaron á muchos fieles y quitaron numerosos partidarios al príncipe Hermenegildo. Pero debieron descubrirse pronto tales amaños, y aun es de creer que Leovigildo apelaría á otros medios para vencer la constancia de su hijo: lo cierto es que rompió la guerra con gran estrépito el año 583 sitiándole el rey en su misma corte de Sevilla. Auxiliaba al padre el rey Miro con sus Suevos, que llamados de Galicia por el hijo para esta violenta empresa, le fueron luego traidores (2): fué la ciudad fuertemente combatida y priva-

(1) Ambr. de Morales.

(2) El Sr. Pacheco en su conocida parcialidad por Leovigildo, nada dice de esta cooperacion, al paso que afea mucho en Hermenegildo el haberse valido de los Imperiales, que eran, aunque extrangeros, tan católicos y aun mas de buena fé que los Suevos, y que, como ellos, ocupaban una considerable parte de nuestras comarcas maritimas. Hay que notar además con el Biclarense que Hermenegildo no solicitó el auxilio de los Imperiales de España sino despues de verse sitiado y muy estrechado en Sevilla. La legacia de S. Leandro á Constantinopla ni fué para tal objeto, ni tuvo nada que ver con las cosas de aquella guerra: lo advertimos para que no induzca en error cierta especie que se lee en S. Greg. Magno (epist. á S. Leandro *in lib. Job.*) de la embajada de los Visigodos á Constantinopla por negocios de la fé: *pro causis fidei Wisigothorum legatio*. El P. Florez aclara este punto reconociendo que ningun efecto en lo tocante á las armas produjo dicha embajada: de consiguiente, no tuvo mas auxiliares

da por todas partes del preciso mantenimiento; duró el asedio todo un año, durante el cual llevó á cabo el sitiador la obra titánica de torcer el curso del Betis para que Sevilla no pudiera abastecerse ni recibir socorros por agua (1); y al siguiente (584) emprendió la reparacion de los muros de Itálica para estrechar más á los cercados y quitarles toda posibilidad de defenderse. Hallábase esta ciudad medio destruida, pero su gran proximidad á Sevilla era para los sitiados estorbo á cuanto pudiesen acometer. En tan grande aprieto, logró el príncipe evadirse secretamente, y fué á verse con los Imperiales que seguian dominando en algunas plazas marítimas. El poder de los bizantinos andaba ya muy reducido en la Bética, y como rara vez sucede que el valimiento de los decaidos sea provechoso, ya por su propia flaqueza, ya por la perfidia, que suele ser la única política de los menesterosos, estos ruines auxiliares se dejaron sobornar por Leovigildo, y de este modo se apoderó el rey de la ciudad cobrando en seguida casi todos los pueblos y castillos que llevaban la voz del hijo. Refugióse este en Córdoba, y allí, por fuerza ó por engaño, lo prendió el vencedor, y despojándole del título de rey y de las provincias que le habia cedido, le envió desterrado á Valencia.

Sábase por S. Gregorio Magno, pontífice é historiador coetáneo, y á quien debemos suponer bien informado por las relaciones de estrecha amistad que mantuvo con S. Leandro, que todo el empeño de Leovigildo, una vez vencido el hijo, fué pervertirle, persuadiéndole á que abjurase la fé católica y ofreciendo perdonarle y restituírle su gracia con tal que volviese á abrazar los errores de Arrio. A la guerra con las armas sucedian las seducciones, guerra aun mas peligrosa y en que no brilló menos la entereza de Hermenegildo. Córdoba, Sevilla, Osset, todas las ciudades y poblaciones que por él se habian levantado, habian vuelto á la obediencia de Leovigildo: los Imperiales le habian sido traidores: no tenia el desgraciado príncipe de quien le viniese la mas leve esperanza de recobrar el perdido reino; y sin embargo, cuanto mas desfallecia su partido, mas brio y energia cobraba su ánimo: porque eran la persecucion y el martirio lo que cabalmente aceleraba la con-

entre los bizantinos S. Hermenegildo que los que permanecian apoderados de las costas de Cartagena y Portugal.

(1) Debió esto verificarse abriendo un gran canal desde la Algava hasta lo mas bajo del campo de Tablada, de modo que vertiendo por allí el rio dejase en seco la vuelta que dá ciñendo á Sevilla desde la Barqueta hasta Santelmo.



version del estado visigodo á la verdadera Fé. No pudiendo el obstinado padre vencer la constancia del hijo ni con los halagos, ni con los castigos, redobló su rigor poniéndolo en una estrecha y horrible prisión, donde tenía las manos atadas á la garganta con cadenas. Tarragona y Sevilla se disputan la gloria de haber prestado al Santo la escena donde le bajó del cielo la palma de los mártires. No nos parece probable que para la obra de seducción y de intimidación que alternativamente emprendia Leovigildo á fin de domar el corazón de su hijo, creyese mas oportuno tenerle desterrado en Tarragona que reducido á prisión en la misma Sevilla, donde á todas horas podia sondear su ánimo y aprovechar las vicisitudes favorables á su intento. Seguimos pues la opinion de Morales, que robustecida por la tradicion más constante, le supone encarcelado en Sevilla, y designamos al lector como su prisión la torre sombría que se alza sobre la *punte de Córdoba*, cuya descripción hicimos al hablar de las antiguas murallas de Hispalis (1), y donde la piedad popular, no interrumpida en doce siglos más que por la ocupación sarracena, ha venerado siempre el lugar de su glorioso martirio (2). Este se halla referido por el papa S. Gregorio, quien asegura tener cabal noticia del sangriento hecho por *relacion de personas fidedignas* que acudieron de España á Roma.

Esta crueldad usaba el padre con su hijo, dice el Santo escritor; mas el mismo Hermenegildo añadía mayor rigor y aspereza en el mal tratamiento de su propia carne. Porque menospreciando ya de veras el reino de la tierra, con encendido deseo comenzó á buscar el del cielo; y vestido de cilicio, con cama de lo mismo, todo su alivio y descanso ponía en la oración. Y tanto mas soberanamente despreciaba la vanagloria del mundo, cuanto mas iba entendiendo de sus trabajos y fatigas; que no le habia podido quitar nada quien no le pudo quitar su Dios. No

(1) V. págs. 416 y 447, nota 2.

(2) «Allí en lo baxo de la torre, por donde todos pasan, tiene de muy antiguo altares, con pintura y lámpara... Agora de pocos años acá se ha adornado con mucha riqueza... el santo lugar de la cárcel y martirio en lo alto de la torre: y macizando el callejon hasta quedar el suelo igual con las dos puertas altas de la entrada y de la cochera, y abriéndole una ventana, lo hicieron capilla, poniendo con devota consideracion el altar encima la portecita del tabuco pequeño, así que alzando el frontal, se entra de rodillas á gozar enteramente el bendito Santuario, bañado con la real sangre... Todo esto hizo con harto gusto y mayor deseo Francisco Guerrero, armero de Sevilla, etc.» Así Amb. de Morales, lib. XI, cap. LXVII.

Existe todavía esta ermita consagrada á S. Isidoro en la parte interior del muro de la *puerta de Córdoba*.

dice S. Gregorio cuánto tiempo estuvo el príncipe en aquella dura cárcel, pero prosigue que llegado el día de la Pascua de Resurreccion, el malvado padre mandó á media noche á un obispo arriano que llevase la comunión á su hijo, para que recibéndola de aquella mano infiel, fuese visto que dejaba de ser católico, conforme á un decreto del conciliábulo celebrado en Toledo: con cuya satisfaccion exterior pudiese el rey perdonarle y restituirle en su gracia. El santo mancebo, esforzado con el valor que Dios le inspiraba, y fija en el corazon la santa doctrina que S. Leandro y la princesa su esposa le habian enseñado, respondió al obispo con gran firmeza y echándole en cara su maldad. Duras debieron sonar las palabras del atormentado príncipe en los oídos del arriano: dura debió ser tambien la version de éste, y mas duro aun el corazon de Leovigildo... Arrebatado de furia diabólica, y trocando el amor natural en crueldad que rara vez se halla en bestias fieras, mandó ir luego algunos de sus mas inhumanos ministros, y entre ellos uno llamado Sisberto, y que allí en su mismo calabozo lo matasen. Ejecutóse la bárbara sentencia quebrantándole la cabeza con una hacha (585). El lirismo popular se asocia tan oportuna y bellamente á la razon teológica en la historia del cristianismo para encadenar las almas á la creencia, que no parece sino que lo mas elevado de la ciencia y lo mas espontáneo del sentimiento coincidan y se robustezcan mutuamente en la exposicion de toda verdad, siempre luminosa y fecunda. La poesia cristiana, que adivina sin reflexion los grandes misterios del cielo, descubrió al punto lo que la ciencia de Dios y de sus ángeles, la Teología, admitió luego como posible en la muerte de Hermenegildo: espíritus invisibles, con armonioso é inefable concierto, dicese que entonaron aquella noche himnos y salmos sobre el yerto cadáver del bienaventurado príncipe, y algunos afirmaron que habian aparecido allí sobrenaturales resplandores que ahuyentaban las tinieblas de aquel fiero calabozo; y no se desdeñó de consignar en sus graves y doctas páginas estos rumores una de las inteligencias mas privilegiadas de la Iglesia (1). Dejamos á los panegiristas de la antigua razon de Estado, apologistas de los Brutos y Catones, ver cómo pueden disculpar este horrendo paricidio; los fieles católicos, sin aprobar la rebelion del hijo, *miran al brillo de su aureola mas que á las sombras de su fugaz corona* (2).

(1) El citado S. Gregorio Magno.

(2) Expresion feliz del ya citado Sr. D. Vicente Lafuente.